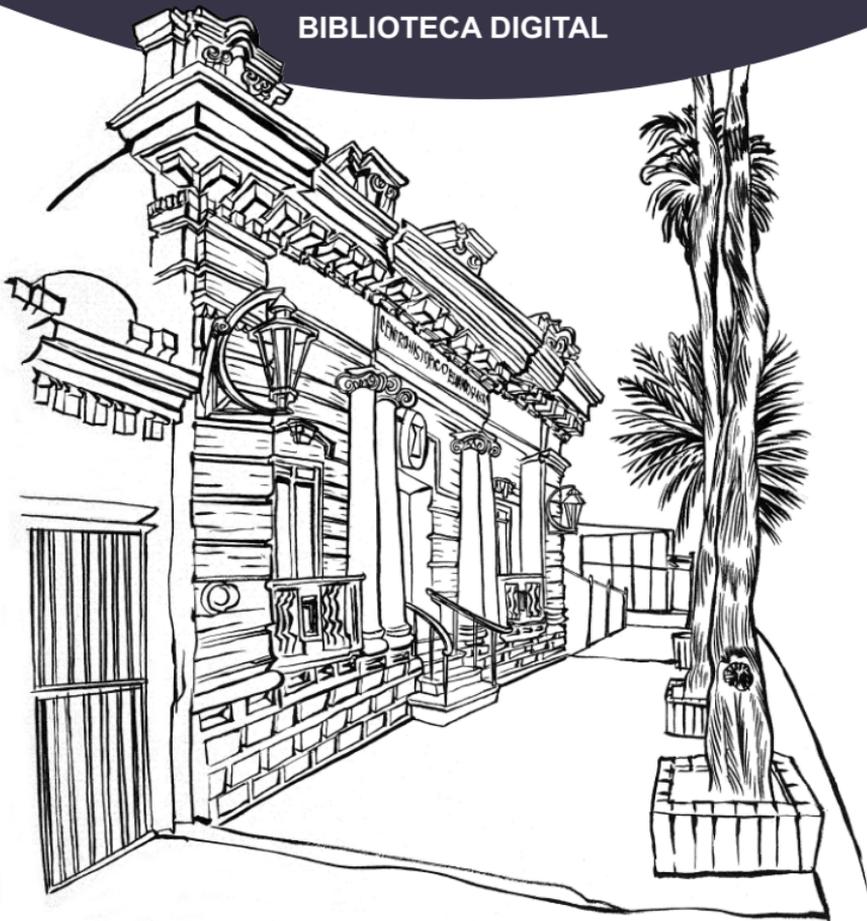




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC



José María Mena Rentería

Los murales de la presidencia municipal de Torreón

Ayuntamiento de Torreón 2000-2002
Dirección Municipal de Cultura

José María Mena Rentería

**Los murales
de la presidencia municipal
de Torreón**

Ayuntamiento de Torreón 2000-2002
Dirección Municipal de Cultura

Los murales de la presidencia municipal de Torreón

Primera edición

Dirección Municipal de Cultura

Ayuntamiento de Torreón 2000-2002

Junio de 2001

Coordinador de la edición Saúl Rosales

© José María Mena Rentería

Captura: Jesús Alberto Mena Jiménez

Fotografías: José María Mena Rentería

Al Ing. León Urow



Dentro de las actividades desplegadas por el gobierno municipal en la administración encabezada por el licenciado Salomón Juan Marcos Issa, la promoción de la cultura ha sido —desde el primer día de trabajo— jornada permanente, quehacer que cifra su objetivo en el fomento de las bellas artes como aporte enriquecedor del espíritu, premisa que conlleva la preservación del acervo histórico de Torreón, cuna de hombres recios, pero también de gente sensitiva y de artistas para quienes su solar natal ha sido fuente de inspiración.

Este capítulo aborda el tema de los murales plasmados por los pintores Manuel Muñoz Olivares y Alfonso Ruiz Vela en los muros del vestíbulo de la presidencia municipal y que infieren a la historia de Torreón; la ciudad surgida en medio del desierto llamada a convertirse en emporio, posición que en los albores de su historia le otorgara el cultivo del algodnero, sello distintivo de la Comarca Lagunera cuyo acontecer dejara —en lo agrícola— indeleble huella.

Inicialmente, el pintor Manuel Muñoz Olivares, por encargo de las autoridades municipales durante la gestión administrativa encabezada por el licenciado Homero Héctor del Bosque Villarreal, plasmó, en el muro sur del edificio del cabildo, las escenas que aluden al acontecer de esta ciudad y de su

gente desde tiempos pretéritos para, a la postre, dejar ver los sucesos trascendentes acaecidos en su seno al paso de las décadas.

A la obra del pintor Manuel Muñoz Olivares seguiría —durante el primer lustro de la década de los años ochenta— el mural de Alfonso Ruiz Vela. Fueron aquellos los días de la gestión administrativa encabezada en el gobierno municipal por el licenciado Braulio Manuel Fernández Aguirre y también, los de una actividad cultural intensamente promovida por la Dirección Municipal de Cultura, en aquel entonces a cargo de su titular, Francisco Fernández Torres, (f).

En ambos casos, el objetivo de mostrar a propios y extraños la historia de Torreón ha sido logro plenamente. Los murales de la presidencia municipal, con magistral despliegue artístico dejan ver los pasajes de un pretérito del cual los torreoneños estarán siempre legítimamente orgullosos. Todo, parte de una historia que empezó hace mucho, mucho tiempo...

El mural de Manuel Muñoz Olivares

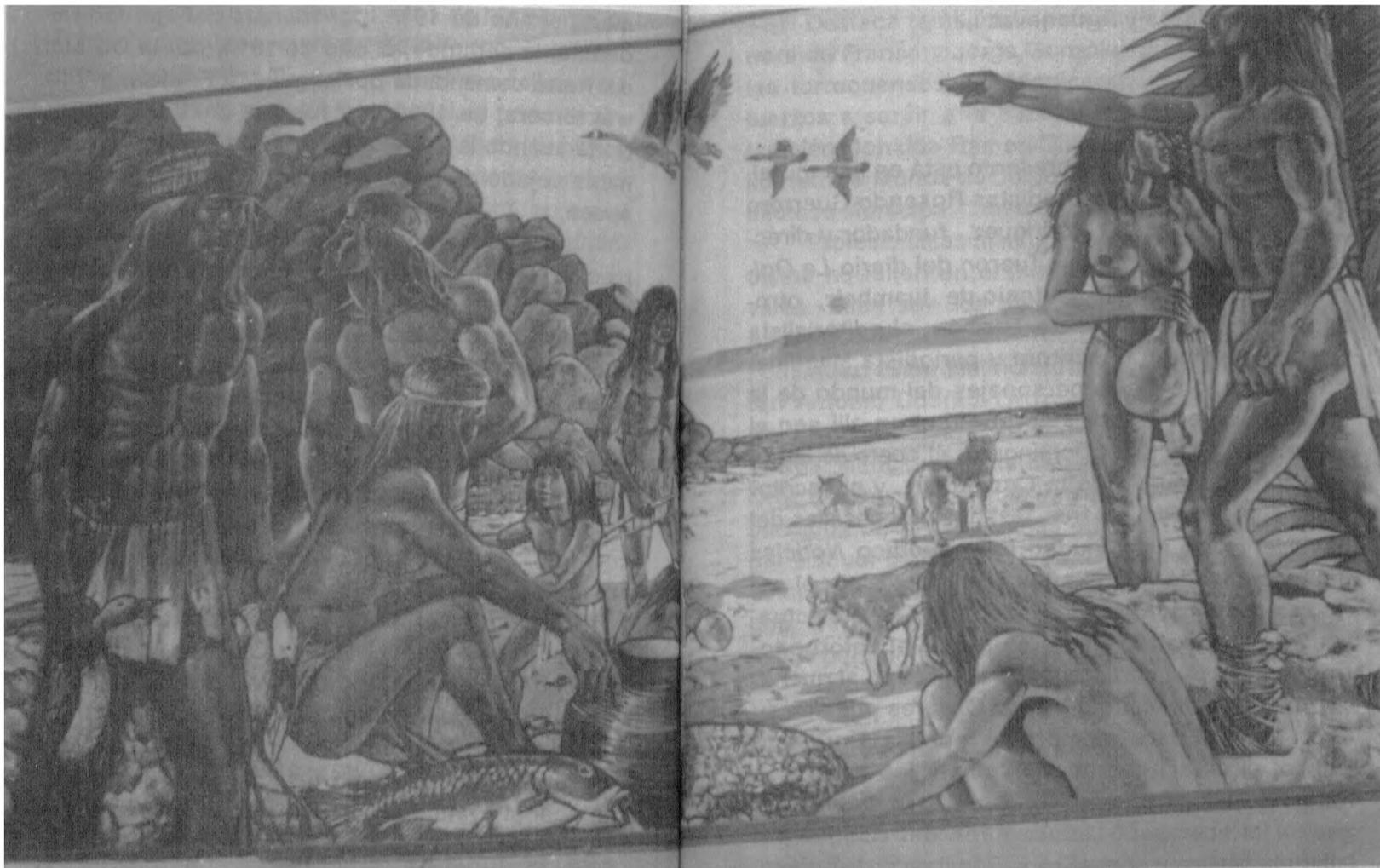
En el mural plasmado en el interior de la presidencia municipal, el pintor Manuel Muñoz Olivares aplicó las pinceladas de la epopeya de la Comarca Lagunera a partir del surgimiento de Torreón en medio de la vastedad del desierto. Esa obra fue inaugurada el 15 de septiembre de 1981. En la parte superior izquierda del mural, su autor recreó la escena del Cerro de la Cruz, mudo testigo de los

avatares que los torreonenses vivieron durante los aciagos días de la Revolución, pues como es del dominio público, tres fueron las “tomas” de la ciudad durante el periodo de la lucha armada: la primera, el año de 1911, por fuerzas del ejército maderista; la segunda, el año de 1914, por la División del Norte comandada por el general Francisco Villa, y la tercera, en 1916, por fuerzas del Centauro del Norte cuando la estrella guerrera de Doroteo Arango había dejado de brillar en el firmamento épico de la época.

En la obra de Manuel Muñoz Olivares, el ferrocarril —como sediento de distancia— serpentea entre la inmensidad del desierto, donde ese medio de transporte propició el nacimiento de Torreón, ciudad a la que las paralelas de acero llegaron en septiembre de 1883 para que al unísono con el resoplar de las locomotoras de vapor se incentivaran, en todos los ordenes, las actividades productivas realizadas en la región, principalmente la agricultura, que acometida por hombres de temple de acero convirtió en vergel lo que antes había sido páramo aparentemente hostil.

En el mural, Francisco Villa eternizado quedó en el mural de Manuel Muñoz Olivares al darse el momento de la entrada triunfal a Torreón, del guerrero oriundo del rancho de la Coyotada, Durango. Así mismo, en esa obra presentes están soldados del ejército federal como los que jamás pudieron contener al avance arrollador del pueblo en armas.

Al centro del mural, Manuel Muñoz Olivares dejó plasmada una connotación espléndida: la de



una Comarca Lagunera pródiga cuyo fértil suelo hizo posible el sueño de trocar una aridez de milenios por la fertilidad que derivara del trabajo del hombre sustentado por las corrientes vivificantes de los ríos Nazas y Aguanaval.

Los personajes

Personajes cuya efigie presente está en ese mural, son, entre otros, los periodistas Rosendo Guerrero Carlos y Francisco L. Rodríguez, fundador y director, respectivamente, que fueron del diario *La Opinión*. Figuran también, Antonio de Juambelz, otrora director de *El Siglo de Torreón*; el editorialista Enrique Mesta y la escritora y periodista Magdalena Mondragón. Otros personajes del mundo de la información en la localidad que figuran allí son el empresario Blas Sosa Domínguez, el poeta de la Revolución, Raymundo de la Cruz López, y el escritor Luis Felipe del Río, los tres, testigos presenciales del nacimiento en esta ciudad del periódico *Noticias* hacia la década de los años 70 fundado por el periodista Eduardo Elizalde Escobedo. De intelectuales y artistas ha ido siempre grávido el entorno torreonense y esa característica no escapó al quehacer pictórico de Manuel Muñoz Olivares pues en su obra figuran para siempre la poetisa Enriqueta Ochoa, el actor Ricardo Montalbán, los escritores Rafael del Río, Pablo C. Moreno, Wenceslao Rodríguez y el licenciado Jesús María del Bosque sin faltar el maestro y poeta Felipe Sánchez de la Fuente. Ente las mujeres sobresalientes de Torreón, el mu-

ralista dejó impresas las imágenes de Pilar Rioja y Carmen Pámanes; a un artista de mérito como fue el maestro Alejandro Vilalta, a la maestra Dolores García Hernández y a Enrique C. Treviño.

Destaca también la presencia de Virginia Herrera de Franco y Jorge González Juambelz, altruistas torreónenses que dedicaran sus mejores esfuerzos a servir a la benemérita Cruz Roja. Están también Donald Ramos Clamont y el escritor Emilio Herrera Muñoz decididos bienhechores de la Biblioteca Municipal "José García de Letona".

Profesionistas distinguidos del campo de la medicina no faltan en el mural de Manuel Muñoz Olivares. Ellos son los doctores Adolfo Mondragón, Alberto Madrid, Salvador de Lara y Alfonso Garibay Fernández. Entre los industriales torreónenses figuran Antonio Duéñez Orozco, Alonso Gómez Aguirre, Enrique de Lara, Juan Celada y Alfonso Gómez Torres. Mención aparte corresponde a don Nazario Ortiz Garza y a don Luis J. Garza. Entre los artistas plásticos otros personajes en el mural son el propio Manuel Muñoz Olivares, Manuel Enríquez y "el compadre", Raúl Esparza, con todos los mencionados, parte indiscutible de esa falange justicieramente portadora de la divisa "Vencimos al desierto".

El mural de Alfonso Ruiz Vela

En el vestíbulo del edificio del Cabildo, la parte superior del muro situado en el lado oriente, el pincel de Alfonso Ruiz Vela dejó para la posteridad escenas donde protagonistas son los primeros pobla-

dores de La Laguna; las de la evangelización emprendida por los frailes que acompañaron a los conquistadores; los acontecimientos que epilogaron para don Miguel Hidalgo y Costilla, la lucha por la Independencia; aparece también el Benemérito de las Américas, don Benito Pablo Juárez García, reivindicador, en La Laguna, de la lucha por la tierra de hombres a toda prueba como los fundadores de San José de Matamoros. No faltan en la obra pinceladas referentes a las aguas domeñadas del río Nazas cuya remembranza no se concibe sin la presencia de capullos como los que alguna vez nevaran la vastedad de la desértica Comarca Lagunera. Así mismo, la obra de Alfonso Ruiz Vela deja ver la figura del general Francisco Villa y la de anónimos personajes del pueblo mientras secuencia final integran el ferrocarril y fincas distintivas de la ciudad piadosamente abrazada por el Cristo de Las Noas.

Los primeros pobladores de la Comarca Lagunera

En lo que los conquistadores denominaron Aridoamérica se ubica el norte de la República Mexicana. Parte de esa región es la Comarca Lagunera, escenario de la confluencia de dos ríos de corriente endorreica: el Nazas y el Aguanaval, cuyas riberas en tiempos prehispánicos habitadas estuvieron por los primeros pobladores de estas tierras cuyos usos y costumbres plasmó en su mural el pintor Alfonso Ruiz Vela.

En aquel entonces, esta tierra era de lagunas y manantiales donde abundaban la caza y la pesca que aquellos nativos aprovechaban para subsistir. La recolección de frutos fue otro de sus medios de sustento. Sus antecedentes se pierden en el tiempo. A la llegada de los españoles lo que pasaría a ser la Comarca Lagunera estaba habitada por nativos integrantes de la que llegaría a ser conocida como Nación Chichimeca. Se caracterizaban por ser seminómadas y de carácter indómito.

Entre lo establecido por los historiadores está el hecho de que con los irritilas los colonizadores españoles hicieron contacto. Hacia 1594 el padre Jerónimo Ramírez llega a Cuencamé para iniciar desde allí, la evangelización de La Laguna. A la región, el padre Jerónimo Ramírez vino con el padre Juan Agustín de Espinoza. Juntos iniciaron su avance hacia el desierto lagunero. Más tarde vendría el padre Francisco Arista. El año de 1641 aquellos sacerdotes serían sustituidos por clérigos procedentes de España.

En La Laguna, los irritilas erraban en lo que hoy son los municipios de Gómez Palacio, San Pedro, Torreón y Parras. La historia consigna que cuando Antón Martín Zapata y el padre Juan Agustín de Espinoza fundaron Santa María de las Parras lo hicieron con indígenas irritilas, mayranas y mexicaneros. Otra tribu encontrada por los misioneros fue la de los tobosos; nómadas y crueles que habitaban en la parte norte de la Comarca Lagunera; en lo que es el Bolsón de Mapimí y hasta el río Bravo.

En lo que es el municipio de San Pedro de las Colonias habitaban mexues y ocoles. Los grupos de nativos habitantes de la Comarca Lagunera y sus alrededores convivían con los tepehuanos. Los zacatecos también solían frecuentar las tierras del solar que más tarde sería llamado San Lorenzo de La Laguna.

Entre lo que hoy son los estados de Coahuila y Texas, la población indígena, al norte del río Bravo estaba conformada, en las diferentes regiones, por kiowas, mezcaleros, comanches, wichitas, kichais, caddos, atakapas, karankawas, tonkawas y lipanes. Al sur del también llamado río Grande, la presencia de nativos la conformaban lipanes, conchos, tobosos, coahuiltecos, tepehuanes, irritilas y zacatecos, entre otros.

La supervivencia en el semidesierto obligaba a aquellos nativos a desempeñarse como cazadores, recolectores de frutos y pescadores. De hecho, la nasa, una especie de cesta en la cual quienes la tejían con varas de río dejaban un orificio para que los peces entraran pero no pudieran salir, fue ideada por aquellos nativos, que sumergiéndola en el agua, la sacaban al día siguiente colmada de peces, ya fuese en el río de las Nasas, o bien, en el Aguanaval y las numerosas lagunas que entonces había por estas tierras.

La calabaza silvestre fue otro elemento que el semidesierto aportó a aquellos primeros pobladores de la Comarca Lagunera. En ellas, hacían horadaciones a fin de colocarlas sobre su cabeza para luego introducirse en las aguas quietas de ríos y

lagunas a fin de capturar patos a los que se hacercaban sin que las aves recelaran, pues no veían nada extraño a su alrededor, salvo calabazas flotantes. Los nativos se aproximaban y tomaban a las aves por las patas, mientras nadaban.

Otros elementos del desierto que significaban sustento para aquellos nativos fueron las vainas de mezquite y el fruto del nopal: la tuna, así como también la flor de la palma del desierto y plantas xerófitas como la biznaga. Para cuestiones de vestido, utilizaban desde puñados de hojas de los árboles con los cuales cubrían sus genitales, hasta pieles de conejo y de venado. Las mujeres usaban faldas confeccionadas con pieles de animales como los mencionados. No se cubrían el pecho. Los utensilios que empleaban eran de piedra o bien, tejidos con fibras vegetales.

A su manera, las tribus que conformaron la Nación Chichimeca, entre las que figuraron irritillas, tobosos y laguneros rendían culto a los elementos de la naturaleza. Una figura de significación fue para aquellos nativos, la de Cachiripa, algo semejante a una deidad iracunda que visualizaban al generarse remolinos como los que son frecuentes en el semidesierto de la Comarca Lagunera. De la presencia de aquellos nativos en la región, hasta nuestros días han llegado vestigios como los petroglifos que a golpes de piedra grabaron en rocas cercanas a los lugares de su hábitat. Fueron ellos, los primeros pobladores de la Comarca Lagunera.

La evangelización

El avance de la colonización hacia el norte de México se intensifica a partir de la consolidación de la presencia española en Zacatecas, la mítica frontera de la plata. Es el de 1598 el año en que ocurren en los que hoy son los estados de Coahuila y Durango, las fundaciones de Santa María de las Parras, Cuencamé, San Juan de Casta (León Guzmán, Dgo.) y Mapimí. Con los soldados de la Corona vinieron también misioneros que de inmediato acometieron la tarea de evangelizar para convertir a los nativos a la fe católica.

A la par que daban a conocer a Cristo, aquellos misioneros desplegaron sus enseñanzas en los campos de la agricultura y los oficios. Iniciaba entonces el cambio de la historia del norte de México. Poco a poco, en las áridas e inhóspitas soledades del desierto empiezan a aparecer capillas en cuyas torres se yergue la Cruz. La religión católica empieza a ser propagada en una área de la geografía de México cuyos nativos fueron terribles y temibles guerreros pues de 1550 hasta 1600, el avance hacia el norte del colonizador español se vio frenado por la férrea resistencia de las tribus de la Nación Chichimeca.

La lucha por la Independencia

Escena plasmada en el mural que deja ver la secuencia histórica de acontecimientos que se dieron en este país durante la lucha por la Independencia.

dencia, es la referente a la aciaga jornada del padre de la patria, don Miguel Hidalgo y Costilla, tras su aprehensión, con el capitán Ignacio Allende, en el trágico paraje de Acatita de Baján para luego ser conducido al patíbulo de Chihuahua. La gesta por la independencia de México se había iniciado en el curato de Dolores, Guanajuato, la madrugada del 15 de septiembre de 1810.

Por los días en que las fuerzas del ejército insurgente comandado por don Miguel Hidalgo y Costilla fueron derrotadas para ya no representar un problema militar para la Corona, los jefes insurgentes optaron por viajar hacia el norte, para llegar a la frontera a fin de obtener apoyo material y moral de los Estados Unidos. Fue un 16 de marzo que aquellos patriotas abandonaron Saltillo para viajar con rumbo a Chihuahua. Simultáneamente, Francisco Ignacio Elizondo, capitán de milicias retirado, fraguaba por cuenta de los realistas un plan para aprehender a Hidalgo y a los principales caudillos.

El día 19. Con el pretexto de auxiliar a la columna, salió Elizondo con 342 hombres al encuentro de los insurgentes. El día 20 estos salieron de Anaelo y acamparon en La Joya; el 21 se encontraron en Acatita de Baján con las fuerzas de Elizondo, las cuales, simulando tributarles recibimiento, detuvieron los carruajes y procedieron a desarmar y maniatar a sus ocupantes. A Hidalgo, que montaba un caballo prieto, lo dejaron avanzar y lo detuvieron hasta que estuvo en medio de las tropas. Los así capturados entre jefes, oficiales y tropa fueron mil 300.

El día 22, Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez y Abasolo fueron llevados a Monclova. Allí les colocaron hierros y los recluyeron en la capilla de La Purísima. Cuatro días más tarde, custodiados por el teniente coronel Manuel Salcedo, gobernador de la provincia de Texas, salieron para Chihuahua a disposición del Comandante de las Provincias Interinas, Nemesio Salcedo. Llegaron a su destino el 23 de abril. A Hidalgo se le destinó como celda el cubo de la torre de la iglesia del ex Colegio de la Compañía de Jesús.

Tras ser juzgado al igual que sus lugartenientes, Hidalgo murió fusilado a la hora del alba el 30 de julio de 1811. Antes, el padre Juan José Baca había impartido al caudillo los últimos auxilios espirituales de su religión. En los muros de la celda Hidalgo había escrito dos décimas dedicadas a Melchor Guaspe, el alcaide de la prisión, y a Miguel Ortega, su carcelero. Doce soldados al mando de un oficial ejecutaron la sentencia de muerte. El cadáver del héroe fue expuesto al público en una silla, sobre una tarima, a la derecha de la puerta principal del ex Colegio de la Compañía de Jesús, hoy Palacio de Gobierno de Chihuahua, frente a la plaza.

Al oscurecer, el cuerpo de Hidalgo fue introducido al edificio y tendido sobre un tablón. A una orden de los realistas, un indígena tarahumara cortó de un solo tajo la cabeza del héroe con un machete. Los padres penitenciarios de San Francisco reclamaron el cuerpo que velaron esa noche para sepultarlo al día siguiente en el presbiterio de la capilla de San Antonio. Las cabezas de Hidalgo,

Allende, Aldama y Jiménez fueron conservadas en sal. Tras larga peregrinación por Chihuahua, Zacatecas, Lagos, León y Guadalajara, fueron finalmente colocadas, en octubre de aquel año, en los cuatro ángulos de la Alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato, de donde las retiró el pueblo en 1821, en vísperas de consumarse la Independencia.

Otra de las escenas del mural realizado por Ruiz Vela, infiere a la presencia del Benemérito de las Américas, licenciado Benito Juárez, en la Comarca Lagunera durante los azarosos días de la intervención francesa que pretendió instaurar en México el efímero imperio de Maximiliano de Habsburgo. Por aquel entonces, el presidente Juárez y su comitiva pernoctaron durante unos días en El Gatuño, el actual poblado de Congregación Hidalgo, Coahuila.

Páginas referentes a la historia nacional consignan en sus espacios la jornada emprendida para custodiar el Archivo General de la Nación, ordenada por el presidente Benito Juárez al general Jesús González Herrera, que a su vez presentara al Benemérito a don Juan de la Cruz Borrego como hombre de confianza bajo quien recayó finalmente la responsabilidad de aquella empresa.

Muy cerca, en la Cueva del Tabaco, don Juan de la Cruz Borrego y un puñado de patriotas ocultaron 55 bultos y cajonería que contenían el Archivo General de la Nación, transportado en un tren de carretas. Inicialmente, aquel archivo quedó en el Arroyo del Jabalí, lugar que a la postre se consideró inseguro, por lo que más tarde se decidió

trasladar aquella documentación a la Cueva del Tabaco, donde permaneció durante dos años, hasta ser entregado por don Juan de la Cruz Borrego y sus hombres a una columna del Ejército Republicano en el paraje denominado Punta de Santo Domingo, parte de lo que en el presente es el municipio de Viesca, Coahuila.

A su paso por La Laguna el año de 1864, el licenciado Benito Juárez, en su calidad de Presidente de la República, dio solución al problema que ventilaban campesinos laguneros con el terrateniente Leonardo Zuloaga. Fue entonces que don Benito Juárez erigió en Villa el Rancho de Matamoros, el 8 de septiembre de 1864, encontrándose en Mapimí, Durango. Para ello concedió el fundo legal del nuevo poblado en lo político y jurídico. Además legalizó el derecho de aquellos matamorenses para elegir a sus autoridades.

Con aquel decreto el presidente Juárez estableció el Cuadro de Matamoros y dotó de tierra a 352 familias. En aquel decreto se estableció que Matamoros pertenecía al Distrito de Parras, pero sólo hasta el año de 1869, en que pasó al de Viesca. Por otra parte se estableció que el Rancho del Torreón pertenecería al municipio de Matamoros.

El río Nazas

En la Comarca Lagunera del estado de Coahuila, factores de desarrollo fueron, desde la medianía del siglo XIX, las avenidas del río Nazas que tuvieron como primer usufructuario a don Leonardo

Zuloaga, que hacia el año de 1848 ordenara a su administrador, Pedro Santa Cruz, la construcción del torreón que fue erigido a orillas del "Nilo Lagunero" para vigilar la llegada de aguas broncas y para ser puesto de vigía en prevención de los ataques de indígenas que en constante son de guerra asolaban estas tierras.

Aquel torreón fue construido donde actualmente se localiza la plaza de ese nombre, a la entrada de esta ciudad, frente al Museo de la Revolución. Su presencia en el agreste paisaje lagunero sería breve, pues una de las avenidas del río Nazas borró todo vestigio de aquella construcción. Un segundo torreón se erigió en el perímetro del Mercado Alianza, punto por aquella época denominado Rancho del Torreón que más tarde pasaría a ser la hacienda de ese nombre.

El cultivo algodonero

Desde el momento en que las tierras de la Comarca Lagunera de Coahuila pudieron ser irrigadas con la corriente del río Nazas, el cultivo del algodonero se inició para estar vigente a lo largo de un periodo de más de cien años. Fue don Leonardo Zuloaga quien abrió las tierras de la región a ese cultivo, aportador de la fibra que alcanzó fama mundial por su extraordinaria calidad y finura.

El período a que se hace referencia bien puede ser situado entre el año de 1850 del siglo XIX y el año 1990, del siglo XX, es decir, catorce décadas

entre una y otra centuria que en su transcurrir vieron períodos históricos como los de la Reforma, la Revolución, y posteriormente, la entrada de México en la etapa de la modernidad, a partir del triunfo de la lucha armada que con don Francisco I. Madero iniciaran los mexicanos en noviembre de 1910.

Cultivo regional por excelencia, el del algodón se extendió a lo largo y ancho de la Comarca en los municipios de Matamoros, Torreón, Francisco I. Madero, San Pedro de las Colonias y Viesca. En su mejor momento, miles de hectáreas llegaron a ser depositarias de la semilla de la fibra blanca cuya comercialización durante el régimen porfirista otorgó a la Comarca Lagunera rango de zona de gran desarrollo económico y social distintiva del país.

Dentro de ese contexto no puede dejar de mencionarse un acontecimiento trascendental: el del Reparto Agrario decretado el año de 1936 por el general Lázaro Cárdenas del Río, a la sazón Presidente de la República, decreto que dio lugar a la creación del ejido, escenario en la Comarca Lagunera de la producción de algodón una vez finiquitada la existencia de las haciendas que concentraban la posesión de la tierra en unas cuantas manos.

La de innumerables trabajadores del campo perdidos entre las vastedades de los sembradíos de algodón será siempre la escena típicamente lagunera de la pizca, es decir, de la recolección de los capullos de algodón por parte de jornaleros que en esta región llegaron a concentrarse década tras década, de septiembre a noviembre, para levantar

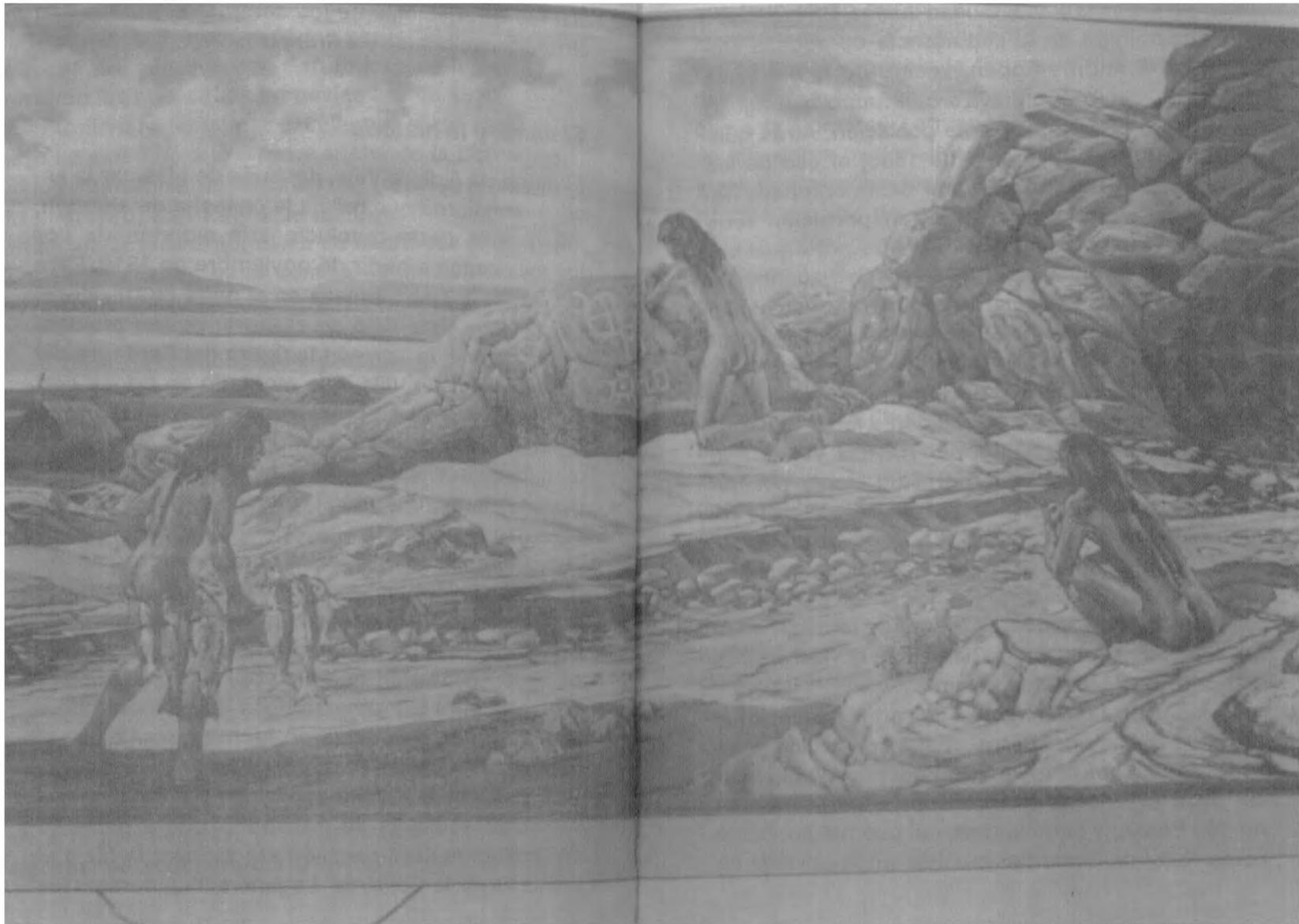
cosechas que derivaron siempre en el embalaje de miles y miles de pacas de la fibra cuyo destino final fue invariablemente los centros de producción textilera nacionales y extranjeros.

El mural y la historia

El mural de A. Ruiz Vela, después de plasmar la escena campirana que refleja la cosecha de algodón, infiere a la gesta revolucionaria emprendida por los mexicanos a partir de noviembre de 1910. Para el caso de la lucha armada en el norte de México, el pincel del artista dejó en el mural de la Presidencia municipal de Torreón la figura del Centauro del Norte, Francisco Villa, que montado en brioso corcel alazán levanta su brazo armado para acabar con las injusticias cometidas contra el pueblo, inicialmente, durante la dictadura del general Profirio Díaz Mori, y más tarde, durante el régimen espurio del traidor Victoriano Huerta.

A Francisco Villa, en la obra del pintor, acompaña el pueblo; hombres y mujeres que armados lo mismo con pistolas y fusiles que con machetes afilados en las piedras entregaron su sangre a la causa de la Revolución que hizo posible una existencia mejor para las generaciones que sucedieron a la de aquellos que debieron luchar para liberar al pueblo de las garras de la opresión.

Enmarca la escena concebida por Ruiz Vela, al ferrocarril, el medio de transporte que a partir de septiembre de 1883 cambió para siempre la faz y el acontecer de la Comarca Lagunera. Fue durante los



días del régimen del general Profirio Díaz Mori que se tendió la vía que enlazó la Ciudad de México con Paso del Norte, la actual Ciudad Juárez, Chihuahua.

Apercibido de la importancia de aquella empresa, don Andrés Eppen, vecino de la entonces Congregación Torreón, avizoró el futuro que aguardaba a la entonces incipiente población. Atrás quedó, a partir de septiembre de 1883, el uso de los caminos de herradura. Lo que hasta entonces había requerido meses para su transportación sería posible en unas cuantas horas. Fue por aquel entonces que la utilización del ferrocarril adentró en la modernidad a la Comarca Lagunera y a su gente.

Del ferrocarril no puede hablarse sin hacer mención de los hombres integrantes del equipo humano que hizo posible el funcionamiento de ese medio de transporte. A los trabajadores ferrocarrileros, acertadamente plasmados por A. Ruiz Vela en su mural, los laguneros deben gratitud eterna por tratarse de anónimos personajes de ésta y otras regiones del país que entregaron lo mejor de su esfuerzo para sumarse al empeño de que la Comarca Lagunera fuese lo que ha llegado a ser ya desde el surgimiento de Torreón en medio de la nada, entre las soledades del desierto llamado a convertirse en emporio de riqueza y de progreso.

Incluyen las imágenes del artista mencionado, la de la Casa del Cerro, chalet construido entre 1904 y 1905, por el ingeniero Federico Wulff, autor del trazo urbano de Torreón por encargo de don Andrés Eppen; y la de la torre del que fue conocido como Reloj de Lack, por muchos años ubicada en

la esquina de avenida Hidalgo y calle Juan Antonio de la Fuente como parte del edificio de ladrillo rojo que tuvo como punto de ubicación la confluencia mencionada desde el momento de abrir sus puertas en aquel inmueble la ferretería que propiedad fuera de Simón Lack, ciudadano de origen alemán que a la Comarca Lagunera, como muchos otros de diferentes nacionalidades, llegó para quedarse y así, figurar entre los protagonistas de una historia que a partir de la medianía del siglo XIX empezaría a configurarse sin excluir de sus diferentes capítulos, vigorosos acentos de fuerza, valor y nobleza.

El conjunto pictórico que conforma los murales de la presidencia municipal de Torreón es parte destacada del acervo cultural de la ciudad elevada a ese rango el 15 de septiembre de 1907, no sin antes darse el pretérito que tuvo como primero de sus capítulos la presencia de los primeros pobladores de la Comarca Lagunera, parte de la que alguna vez los conquistadores denominaron Aridoamérica recinto, en lo que hoy se conoce como Nuevo México —según la leyenda— de las siete ciudades de oro, y en La Laguna hospitalario solar de hombres y mujeres inmersos, al paso de las generaciones, en el empeño de construir para ser mejores.





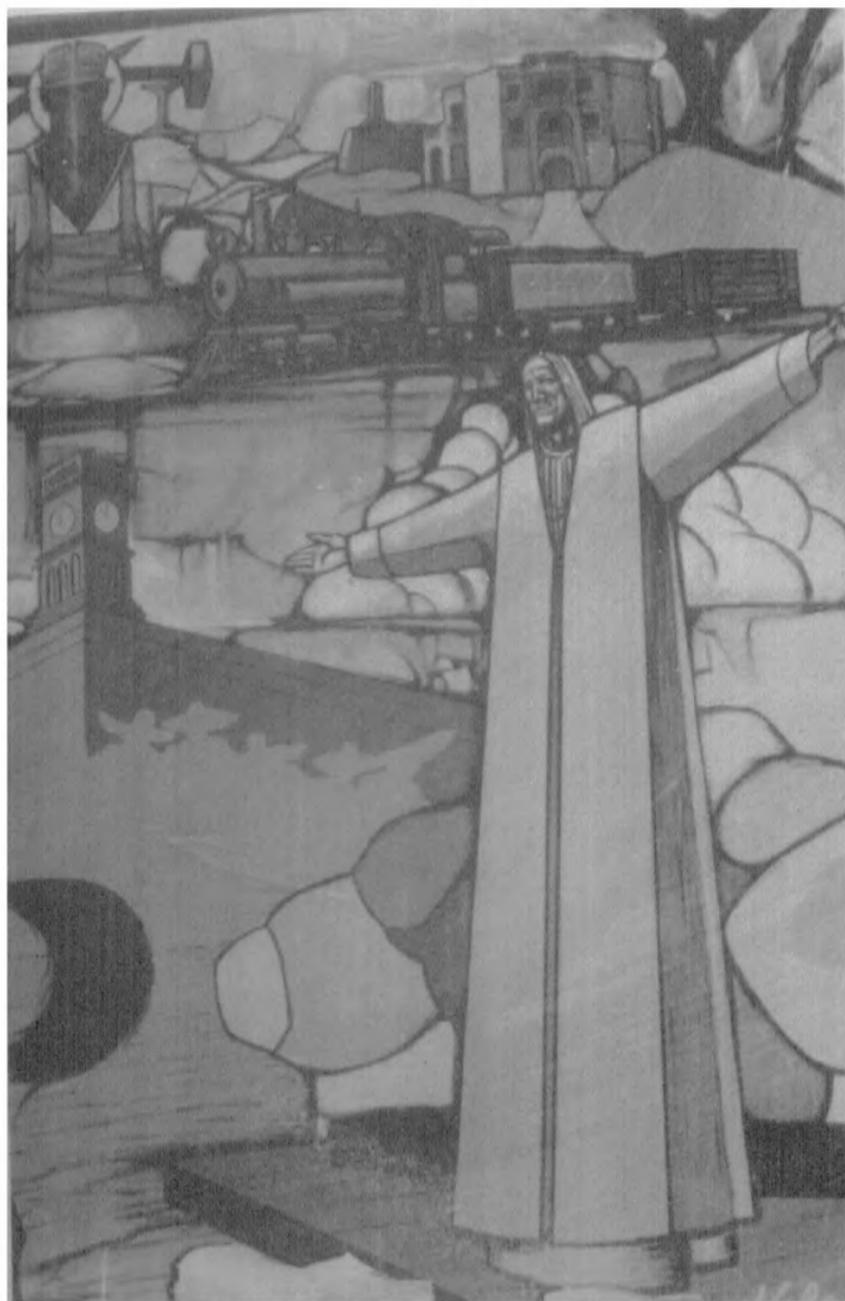






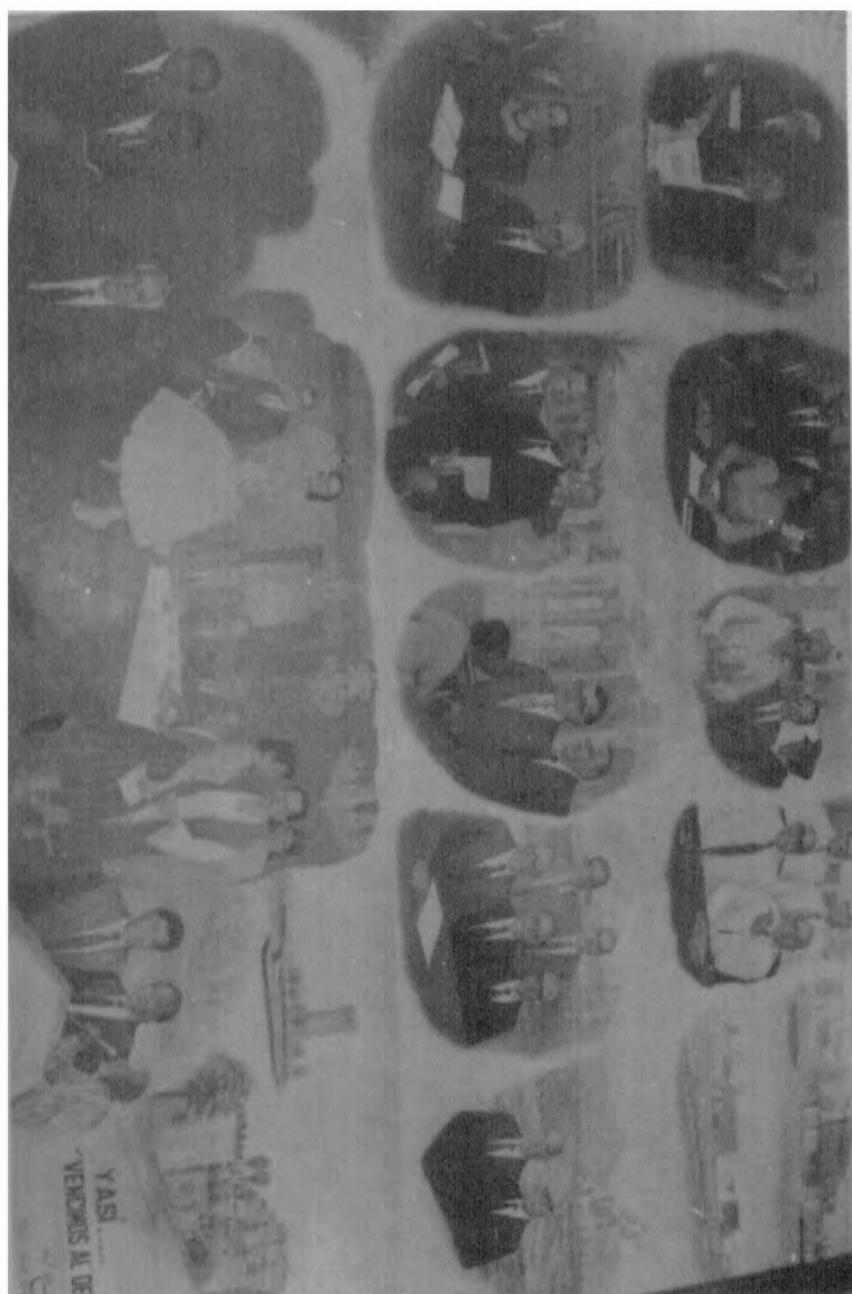




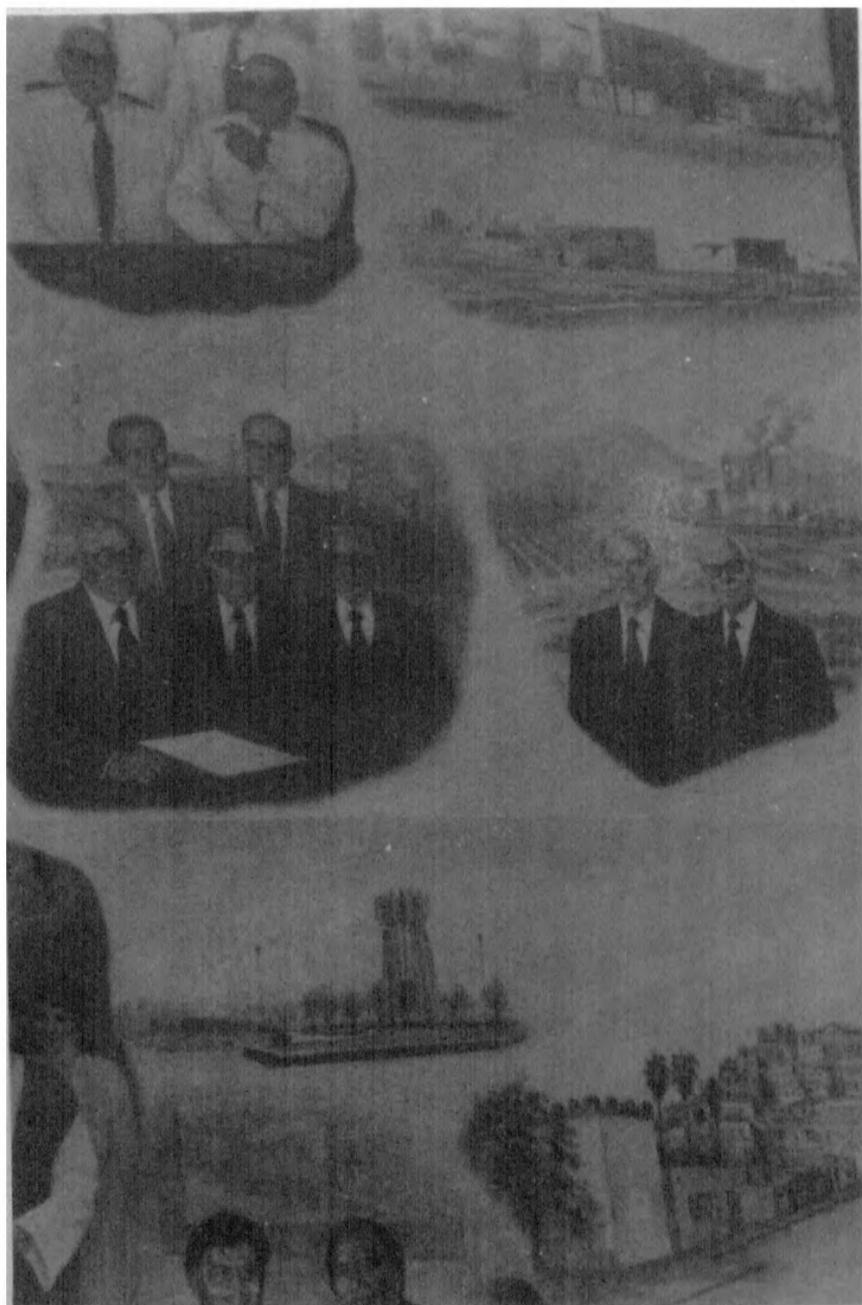


THE POLYMER LABORATORY
UNIVERSITY OF TORONTO





YASI
VENCIKOS AL DE



Los murales de la presidencia municipal de Torreón, de José Ma. Mena Rentería, terminó de imprimirse por ENORME en julio de 2001, el tiro de 1000 ejemplares estuvo al cuidado de Rogelio Villarreal.

AYUNTAMIENTO DE TORREÓN 2000-2002
DIRECCIÓN MUNICIPAL DE CULTURA

Colección MM

Pablo Arredondo / *Donde el mar ha tatuado soles*
Poesía

Luis Azpe Pico / *Árbol sin hojas*
Poesía

Salvador Castañeda / *Papel revolución*
Narrativa Breve

José Lupe González / *Fundación del futuro*
Poesía

Magdalena Madero G. / Saúl Rosales / *Sueños de La Laguna*
Ensayos de 12 autores

Miguel Ángel Morales Aguilar / *Los días en el jardín*
Poesía

Carlos Reyes Ávila / *Donde oficia la sangre*
Poesía

Alberto Rodríguez Román / *Una larga espera*
Cuentos

Saúl Rosales / *Floración del sueño*
Poesía

Saúl Rosales / *Huellas de la Laguna*
Ensayos

Varios / *Condominio de poetas. Poemas de 20 autores*



José María Mena Rentería, columnista y reportero de *La Opinión-Milenio*, inició su andar en el camino del periodismo como cartonista del periodico *Noticias*.

Posteriormente, sus "monos" serían publicados en *La Opinión*. Como reportero se inició en *La Opinión* de Monclova, Trabajó como cartonista para *El Sol del Norte*, en la capital del estado.

Más tarde de *El Coahuilense*, en la ciudad de Saltillo. A su natal Torreón, retornó el año de 1981 como reportero del *Vanguardia*. En esta ciudad, participó en la edición del vespertino *Hoy* hasta el 13 de mayo de 1983, fecha en que regresó al diario de los laguneros como reportero de *La Opinión de la tarde*, cargo en el que permaneció 3 años. Hacia 1986, se le confiaron las fuentes culturales del mismo diario. En 1994, tras darse la integración con el Grupo Multimedios Estrellas de Oro, permanecería en su área informativa hasta el año de 1999.

Es autor de la columna *Yo Opino*, publicada en la sección editorial, labor que alterna con su diario quehacer de reportero. Libros de su autoría son: *Cuentos del Rancho del Carrizal*, editado por el ITESM, Campus Laguna (1996), e *Historia de la cerveza*, compilación de la obra de don José Romo en edición auspiciada por la empresa Carta Blanca de Torreón, S.A.